

LA PARABOLA DE LOS DOS CIMIENTOS



“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa

sobre la arena; y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y fue grande su ruina.” (Mateo 7:24-27)

“Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo? Todo aquel que viene a mí, y oye mis palabras y las hace, os indicaré a quién es semejante. Semejante es al hombre que al edificar una casa, cayó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover, porque estaba fundada sobre la roca. Mas el que oyó y no hizo, semejante es al hombre que edificó su casa sobre tierra, sin fundamento; contra la cual el río dio con ímpetu, y luego cayó, y fue grande la ruina de aquella casa.” (Lucas 6:46-49)

OIR Y HACER

(Lección 13)



En la última parte del Sermón del Monte, Jesús emplea tres pares de contrastes para demostrar la necesidad absoluta de la obediencia. El primer contraste es el de los dos caminos: uno es ancho y fácil y lleva a la muerte, y el otro es el angosto y difícil que lleva a la vida. El segundo contraste es el de los dos árboles: uno bueno y otro malo.

El árbol malo no puede producir fruto bueno; y el árbol bueno no puede producir fruto malo. Sólo por sus frutos se pueden distinguir los árboles. Jesús quiere decir que la evaluación final de la vida de una persona se determina por sus hechos. El valor no está en lo que profesa un hombre, sino en lo que hace. El tercer contraste, de los dos cimientos, da claridad sobre el tema.

Las dos versiones

La narración de los dos cimientos es ofrecida por ambos: Mateo y Lucas. Hay pequeñas diferencias entre las dos versiones, pero básicamente el cuento es el mismo. En Lucas, un edificador cava profundamente o pone su cimiento en la roca, mientras que el otro pone su casa sobre la tierra y sin pensar en el cimiento. En esta versión, las acciones de los dos edificadores son iguales a las que se pueden ver en cualquier parte del mundo. Pero en Mateo, el cuento representa lo que podría suceder

especialmente en la región del Mediterráneo. En Palestina había muchos valles y cañones que habían sido cavados por el agua. En el verano, estos lugares bajos, naturalmente estaban secos y, por lo general, eran agradables y llamativos. Pero cuando empezaban las lluvias de otoño, esos cañones se convertían en furiosos torrentes que se llevaban todo lo que había en su camino. Puede ser que fuera uno de estos lugares el que escogió, en la parábola, uno de los edificadores. Al encontrar un lugar plano sobre la arena, empezó a construir sin pensar, ni por un momento, en el desastre que traerían sus acciones inmediatas. No mucho después, empezaron las lluvias; los diluvios crecieron dejando su casa totalmente arruinada. Pero el otro edificador hizo mejor. Construir una casa era un asunto importante para él. Preparó y planeó e investigó. No haría un error trágico en cuanto a su edificación. Buscó hasta que encontró una roca sólida y segura contra las amenazas de las tempestades invernales. Así, un edificador fue sabio y el otro necio. Es algo ridículo pensar que un hombre construiría su casa sobre la capa arenosa de un río; pero la locura absurda de tal acción es el punto principal de la parábola.

Una lección de obediencia

La Parábola de los dos cimientos es la lección más fuerte de obediencia que dio Jesús. “Cualquiera que me oye estas palabras, y las hace” —estas son palabras que perduran a través de los siglos—. No son palabras ordinarias. No son las palabras de un predicador, ni de un profesor, ni aun de un profeta. Son mucho más. Expresan la proclamación maravillosa de Jesús, de ser el único guía para el alma del hombre. Jesús las dio como una ley positiva e inexcusable para que todo hombre tuviera que obedecerle a él. Los hombres tienen que oírle y guardar sus palabras, o sus vidas acabarán en derrota.

Los versos que conducen al cuento de los dos cimientos destacan la necesidad de la obediencia. Según Mateo, Jesús dice: “No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el remo de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé Nunca os conocí apartaos de mi, hacedores de maldad” (Mateo 7: 21- 23) En Lucas, la parábola se introduce por una pregunta “¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46). Otras frases de Jesús exhiben el mismo imperativo. “Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen” (Lucas 8:21). “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris” (Juan 13:17). “Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:14).

Aunque somos prontos en consentir estos dichos importantes, todavía nos olvidamos. Con frecuencia encontramos que somos iguales al hombre que oyó y no hizo nada. Es una experiencia maravillosa, por supuesto, el

tener gozo al oír la Palabra de Dios, de acoger con alegría toda palabra mientras es leída y proclamada. Tal oyente se despierta de su complacencia aburrida y se traslada al reino más alto de la vida. La Palabra de Dios penetra en su conciencia y por eso resuelve vivir una vida mejor. Dios toca su vida por la palabra al ser predicada, y recibe una bendición. Pero su bendición puede convertirse en condenación si no pone en práctica las lecciones que haya aprendido.

¿Por que no obedecemos?

El peligro de oír sin hacer es muy real a todos nosotros. No es que nunca hayamos oído la verdad. La oímos una vez y otra, pero todavía no actuamos. ¿Por qué es que no convertimos las palabras en acciones? ¿Cómo es que podemos oír y no obedecer? Una razón principal por qué fallamos en practicar lo que oímos es que no actuamos de inmediato. Podemos disfrutar el sermón del domingo por la mañana enteramente, y hasta salir del lugar de adoración con la intención firme de hacer esas cosas de las cuales nos hemos descuidado. Pero la tarde del domingo es un tiempo de descanso, y el lunes es día de trabajo; y al llegar la tarde del lunes, esa intención firme de actuar se ha desvanecido de la vista, y caemos otra vez en la rutina de otra semana improductiva. Oímos el sermón el próximo domingo por la mañana, empero durante la semana nos olvidamos de guardarlo. Así continuamos, y cuanto más oímos, menos hacemos, hasta que nuestro mucho oír y nuestro poco hacer hacen casi imposible que le demos algún valor al Reino de Cristo. Por eso cuando nos acordemos de algo en lo cual hayamos sido negligentes, o cuando miremos alrededor y veamos que hay una cosa en especial que hay que hacer, debemos hacerlo en ese mismo momento. Mañana probablemente será demasiado tarde. No es simplemente que pueda que no llegue el mañana; sino que si por nuestro demorar suprimimos el deseo de ayudar a otros, ese deseo puede desaparecer antes de llegar ese mañana. Las emociones hay que expresarlas; y nuestros impulsos de hacer el bien tienen que ser traducidos en acciones, o nos haremos gran daño a nosotros mismos. Y la simple verdad es que si no hacemos una cosa de inmediato, es muy probable que no la hagamos nunca.

Otra razón por la cual nuestro oír es no convertido en acción es que no queremos que nos molesten. En Lucas, el edificador necio fue el hombre que construyó su casa sobre la superficie de la tierra, y no cayó profundamente para más seguridad. No se molestó en el costo extra ni en el tiempo necesario para una fundación sólida. La hizo de la manera más fácil. Muchos de nosotros sornamos iguales. No aceptamos los problemas que nos acompañan al seguir a Cristo en todo. Estamos dispuestos a obedecer a Cristo mientras sea simpático y conveniente. Del mismo modo que no nos molesta recoger a alguien en una autopista, puesto que ya llevamos esa dirección. Asimismo, no nos molesta seguir la voluntad de Dios si ya vamos en esa dirección. Pero si su voluntad está en conflicto con la

nuestra, nos apartamos de él y nos vamos por nuestras propias sendas. Nos olvidamos de que la misión de Cristo en la tierra no fue la de hacer mi camino suave para el hombre, sino salvar al hombre. La senda cristiana es una senda para el deber; y el deber no es siempre fácil. Por eso la ruta más directa al cielo a menudo demanda que nos molestemos en ayudar a otro. ¿Es posible que algunas almas no entren en el cielo porque nosotros no queremos que nos molesten?

Además hay otra razón por la cual no obedecemos a Cristo, y es que no miramos lo porvenir. El hombre que construyó su casa sobre la brillante arena nunca pensó en que éste sería un sitio muy peligroso cuando empezaran las lluvias de otoño. No puso la mirada en el futuro. No miró hacia adelante, no consideró el resultado final de sus acciones. En la vida es necesario tener gran visión. Un hombre que vive sólo para el presente jamás llegará al éxito. El atleta que rompe todas las reglas de entrenamiento en busca de placeres momentáneos no puede esperar ganar la máxima carrera. Tiene que mantenerse firme para mantener un horario riguroso y estricto. Escoge lo que por el momento le es duro y difícil para ganar la victoria al final. El estudiante que se divierte en los deportes, y no estudia como debe durante el semestre, se puede divertir por el momento, pero esa alegría sólo llega hasta la hora del examen final, para el cual no haya hecho ninguna preparación. El mundo está lleno de gentes que desean haber tenido gran visión, años atrás, en cuanto a su educación, ya que por buscar los placeres del momento, dejaron el colegio y se ataron a un trabajo sin garantía para el futuro. Entonces hay que escoger entre lo que es divertido en el presente y lo que dará alegría en el futuro. No es nada diferente seguir a Cristo. O escogemos lo que es divertido por el momento y nos vamos al desastre más tarde, o escogeremos lo que es difícil por el momento pero que resultará mejor al estar frente a él el día de juicio.

La hora de la prueba

La parábola de los dos cimientos nos hace ver muy claramente que la hora de la prueba vendrá. El clima favorable, soleado, no durará para siempre. El lenguaje de Jesús en el cuento es muy descriptivo y tiene mucha fuerza. Las lluvias golpearon el techo de la casa; los vientos atacaron sus paredes; y los diluvios giraron por su base. El mismo lenguaje se emplea para describir las tormentas que azotaron a las dos casas. La hora de la prueba, entonces, vendrá a todo hombre, a los buenos y a los malos. Cada casa será probada de la misma manera. Es verdad en esta vida, porque nadie es exento de las tentaciones, las cargas o las penas. Es verdad de la vida por venir. “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2^a Corintios 5:10).

Es absurdo pensar que un hombre se arruinaría por edificar en la arena. Pero los hombres hacen cosas absurdas en la religión que ni imaginarían hacer en la vida ordinaria. Después de la tormenta, cuando el hombre se paró allí solito, rodeado por el revoltijo de su casa destruida, supo exactamente en donde había cometido su error. Se había descuidado del asunto más importante, el fundamento. Construyó una gran casa, ¡pero grande fue su ruina! Así Jesús nos enseña, en este cuento, lo que les ocurre a los descuidados y desprevenidos, que viven de cualquier modo. La vida de cada hombre es semejante a una casa que hay que construir con cuidado y propósito. Ante todo, es deber de todo hombre examinar la tierra en la cual está construyendo. Construye en vano a menos que oiga las palabras de Jesús y las haga.

PRE GUN TAS

1. Hacer un estudio de los contextos en Mateo y Lucas en que aparecen las parábolas. ¿Qué figuras del discurso se emplean en el Sermón del Monte para enseñar la necesidad de la obediencia?
2. Comparar y contrastar los relatos de la parábola como se la encuentra en Mateo y en Lucas.
3. Leer Santiago 1:22-25. Discutir este pasaje en conexión con la parábola. Apuntar otras escrituras que requieren la obediencia de los hijos de Dios.
4. Hay muchas razones por las que no ponemos las palabras de Jesús en práctica. Discutir esas razones mencionadas en la lección. Sugerir otras razones también.
5. Jesús dijo de la casa del necio: "Y fue grande su ruina." Discutir las implicaciones de este dicho.